verdad. Experimentó muchas confrariedades en la vida, y esto se adivina en su mirada y en su voz, ¿no es verdad que éstas indican con mucha frecuencia el estado del alma?

Hice un signo afirmativo, afiadiendo algunas palabras de alabanza en honor de lady Estmere.

—¡Tiene tan pocos amigos!—siguió diciendo Claudina.—Confío en que seguiréis siéndolo suyo á pesar de lo mal que quizás oigáis hablar de ella.

-Creo que está fuera del alcance de la maledi-

cencia.

—Por desgracia, nadie está libre de sus ataques. Ya hemos llegado, ¿no queréis subir á tomar una taza de té en nuestra compañía?—preguntó.

-No, muchas gracias-respondí con acento re-

suelto.

No insistió más Claudina, y parece que adivinaba la causa de mi negativa, y de mi aparente

descortesía. Continué y dije:

-Voy á despedirme de vos, sefiorita Neville, porque no pienso volveros á ver. ¡Aunque pasen muchos años sin que tengamos ocasión de volvernos á ver, confío en que alguna vez os acordaréis de mí!

Pesándome mucho la emoción que mi voz reve-

laba, añadí:

-Después de pasar una temporada en el campo,

¿á dónde pensáis ir?

-Ayer supe que una amiga mía estaba muy enferma, y esa noticia hizo cambiar todos mis planes.

- De veras?-exclamé.

—No me marcho el sábado, y habiéndome invitado mi tía para que la acompañase á pasar una temporada á la orilla del mar, acepté la proposición; de manera que pronto volveremos á vernos en su casa.

¡Quedéme anonadado! ¡La suerte era inexorable!

latióme el corazón con extraordinaria violencia, i había naufragado á la vista del puerto!

-¡No!¡No; de ningún modo!¡Yo no voy... no puedo ir á Bournemouth, porque el suplicio sería para mí demasiado grande y cruel!—exclamé.

Claudina inclinó la cabeza sin contestar nada

en el primer momento.

-Entonces, adiós-dijo al cabo, alargándome la

mano

—Sí—respondí,—ladiós! Ya sabéis á qué se debe mi resolución; soy amigo de Valentín, y un hombre de honor sabe cuáles son los deberes que impone la amistad; pues bien; si yo pasase un día más á vuestro lado, lo olvidaría todo excepto vuestro amor. Perdonadme, señorita Neville, por haberos hecho esta confesión.

No deseaba ni solicitaba una respuesta. Estreché con mucha viveza la mano de Claudina, y luego sin volver la cabeza, me alejé con paso tan rápido como me fué posible. Es imposible que jamás haya habido un hombre que maldijese más su suerte que Felipe Norris. ¿Podía yo alabarme aún de haber permanecido fiel á mi palabra y á mi amigo?

VIII

El lunes siguiente, marcháronse de Londres, Valentín, su madre y Claudina. Antes de emprender su viaje, envióme lady Estmere una carta muy amable, manifestándome el sentimiento que había tenido al saber que yo estaba enfermo. En cuanto se marcharon respiré más á mis anchas. Había resuelto olvidar á Claudina, y por mi desdicha, no dejaba de acordarme de ella ni un solo instante. Erame necesario á toda costa combatir la obsesión que me dominaba. Se recordará que he dicho que formaba parte de un círculo conocido con el nom-

bre de Juvenil Club. El cocinero del circulo era uno de los mejores de Londres, la bodega estaba bien surtida: las conversaciones que allí se sostenían, bastante libres y escabrosas, y las personas más serias ó graves jugaban al whist ó al piquet. Confieso que sin haber nacido con aficiones de jugador, las sabias combinaciones de los dos juegos me interesaban bastante. Por lo general, mis pérdidas y ganancias venían á ser iguales, no obstante de que, algunas veces, pasaban de una mano á otra cantidades de bastante importancia. Valentin Estmere, Vigor y yo soliamos encontrarnos con mucha frecuencia en los salones del círculo. Adquirí tal habilidad en el whist, que era á mí á quien casi todos querían llevar de compañero. Escribí á Valentín, manifestándole que una circunstancia imprevista, me impedia hacer el viaje, obligándome á permanecer en Londres. A los diez días de haberse marchado la familia Estmere, fuime al círculo. Eran las diez de la noche, y allí se hallaban reunidos una docena de socios de los que sólo me era desconocido uno, cuya conversación parecía absorber la atención general. Tenía al parecer aquel individuo unos cuarenta v cinco años, y en su traje correcto y elegante, lo mismo que en su aplomo, adivinábase que pertenecía al ejército. Tenía una fisonomía de rasgos bastante regulares, pero poco simpático, y su mirada sin fuego y sin franqueza, me desagradó de una manera extraordinaria. Contaba de una manera jactanciosa lo que había visto y hecho en el continente, diciendo cada frase con una voz clara, metálica; y el cinismo de sus expresiones me repugnó. Era de esos hombres que no creen ni en Dios ni en el diablo, y que todo lo critican. pretendiendo que el interés personal es el único móvil que impulsa las acciones humanas. A la primera mirada comprendíase que era soltero, y

su rostro estragado indicaba bien á las claras la clase de vida que había llevado. A pesar mío, reíme de sus paradojas.

- Cómo se llama ese individuo?-pregunté.
- Es el capitán Chesham. Un pobre diablo dentro del cuerpo de un mal sujeto-respondieron.

-Eso mismo era lo que yo me había figurado. En aquel instante, entró en el salón Harding. -¡Cómo!-exclamó.-¿ Ya está de regreso Chesham? Ese sí que es para el juego un compañero de primer orden.

- Quién hará el cuarto?

-Norris, que juega ya bastante bien.

-Bien sabes que á mí no me gustan los principiantes-replicó Chesham.

-Bah! Todo eso son cuentos.

Púsose en pie Chesham, y siguió á Harding, y pude observar que el primero renqueaba algo de la pierna derecha.

-¡Diablo!-me dije.-Esa cojera me recuerda la

de Asmodeo.

Encima de la mesa hallábanse dos juegos de cartas con su envoltura aún intacta. Como suele suceder á casi todos los jóvenes, en el fondo de mi carácter había mucho amor propio, y las palabras que dijera Chesham acerca de los principiantes, habíanme llegado á lo vivo. Sentíme aún más molesto después, cuando habiéndome designado la suerte como compañero suyo, observé que se encogía de hombros. Le tocó dar las cartas.

- Pero, decidme, ¿continúan siendo vuestras apuestas tan pequeñas?-preguntó Chesham á Harding al mismo tiempo que barajaba y daba las cartas con gran habilidad.

—¿A qué llamáis pequeñas?—contestó Harding. —jugamos una guinea; quizá luego más tarde vengan jugadores más atrevidos.

Sin madre-5

Chesham jugaba de una manera admirable, y sin duda por esa razón se permitió criticar mis jugadas con palabras desagradables y con gestos que eran aún más ofensivos. Una ó dos veces intenté defenderme, pero no se dignó discutir conmigo, por lo cual le tuve desde luego mala voluntad. Se me hacía tarde el momento de ganarle su dinero. La llegada de otros socios del círculo le permitió aumentar la cuantía de las apuestas. Era un jugador muy arrojado. En el intervalo entre dos partidas, un conocido me dijo:

—¿Sabéis si ha vuelto lord Rothwell de su viaje? —¡Cómo! ¿Está ya de vuelta ese títere bulle bulle?—dijo el capitán Chesham, sin separar la

mirada de las cartas.

-Sabed, capitán Chesham-dije,-que lord Rothwell es muy amigo mío, y que...

-Pues bien; podéis repetirle mis palabras cuan-

do gustéis.

Y esto diciendo púsose á arreglar las cartas con un aire de superioridad que me atacó los nervios.

-Todo el mundo se va-añadió,-y cada día es más difícil jugar aquí, y yo que esperaba que hubiese habido grandes apuestas...

— ¿ Qué cantidad es la que queréis jugar, capitán?
 — Pongo doscientas cincuenta guineas contra ciento.

-Van jugadas-dije.

Perdimos!

Chesham apuntó en su libro de memorias que yo le debía doscientas cincuenta guineas (1). Desde ese momento parecía que yo había ganado mucho... en su estimación, porque cambiando de modales me trató con gran cortesía. Lamentó mi mala suerte, y la emprendió con mi compañero, echándole en cara las malas jugadas. Echáronse carta

-Recuso la suerte-dijo éste,-porque me creo obligado á dar la revancha al señor Norris, para que pueda ganar otra vez el dinero que perdió.

Quiero jugar en contra suya.

Fueme preciso reconocer que Chesham me facilitó todas las ocasiones posibles para obtener esa revancha, pero perdí; perdí, sí, cuantas veces jugué; perseguíame á la cuenta la mala suerte.

La cuestión de los tantos llegó á ser para míde las más monótonas, y hubo un momento en que no me atreví á sumar la larga columna de cifras que tenía delante. Continué poniendo, jugando contra todo y contra todos, é invocando en vano á la buena suerte. Mientras que nuestros adversarios descansaban y refrescaban tomando un vaso de grog, me dijo mi compañero:

- Qué afortunado debéis ser en amores!

Estas palabras hicieron que acudiese á mi memoria el recuerdo de Claudina, recuerdo que rechacé en seguida. Habíase apoderado de mí una gran sobreexcitación febril, y las manos me temblaban al dar las cartas y extenderlas sobre la mesa. La alfombra estaba llena de ceniza y de puntas de cigarro, las mesas inmediatas á la de juego, de vasos y botellas medio vacías; y los primeros rayos de sol empezaban á reflejarse en las paredes.

-Esta será la última partida-dijo Chesham, echando una carta.—Hace ocho horas que estamos jugando, y como voy haciéndome viejo, las noches pasadas en vela me cansan mucho. Si queréis os daré la revancha cualquier otro día.

En aquella parte del juego tuvo por compañero

al más hábil jugador de todos nosotros.

-Veamos cómo estamos-dijo el capitán,-y sepamos cuál es el todo de mis ganancias. Me de-

ofra vez, y la suerte me designo para jugar con Chesham.

⁽¹⁾ Aproximadamente 6.250 pesetas.

béis doscientas cincuenta guineas; ¡qué mala suerte tenéis hoy! ¿Queréis que la juguemos á la buena? El que gane, ganará todo, y el que pierda, lo mismo.

Si algunas horas antes me hubiesen dicho que iba á exponerme á perder sumas tan considerables, habríame burlado ó rechazado con energía las afirmaciones. Acepté, sin embargo, la oferta de Chesham, porque había encontrado en el juego un derivativo á mis penas. Perdí, desde luego, la primera jugada.

-Tres puntos para las bazas y dos para los

riunfos-dijo Chesham con mucha calma. De antemano puse las cosas en lo peor; en la jugada siguiente hicimos cuatro bazas, nuestros adversarios tres y algunos tantos además. Al ver seis bazas alineadas simétricamente delante del capitán, díjeme que todo estaba perdido. Mi compañero, con una astucia digna del señor Chapelle, hizo una baza con un nueve. Chesham rechinó los dientes y yo exhalé un suspiro de satisfacción. empero á despecho de ese vislumbre de esperanza, la suerte me volvió la espalda. Apenas me atrevo á decir lo que ocurrió en la jugada siguiente; pero con seguridad que no seré el primero ni el último que pierda la cabeza en semejantes circunstancias. Diéronse cartas y, 10h! [asombro! la más importante de mi juego era un nueve. Eché mis cartas al descubierto sobre la mesa.

-Recoged esas cartas y jugad-me dijo mi compañero.

-¡Alto!-exclamó Chesham.-Vais á jugar á cartas vistas.

El azar no había dicho, sin embargo, su última palabra. Por la primera vez mi compañero tenía en la mano cuatro triunfos, y á pesar de mi arranque de impaciencia, el juego iba á sernos favorable. Había cinco bazas por cada parte, y nos quedamos, antes de hacer ninguna jugada, fan pensativos como los augures.

-Creo-dijo Chesham, echando una carta, con la que hizo una baza,-que he sabido jugar, echando la carta que era necesaria, y que fué una buena respuesta á vuestro ataque.

¡Había yo perdido una vez más!

-En las circunstancias en que nos hallábamos, no debísteis obligar al señor Norris á que jugase á cartas vistas-observó mi compañero de juego.

-¡El juego es el juego! Y aquí no se juega en broma con tantos sin valor. El señor Norris me debe tres mil libras (1).

−¿Me concederéis cuarenta y ocho horas para

pagaros mi deuda?

-Os concedo de plazo hasta el lunes, si lo pre-

¡Tres mil libras! Esa suma me resonaba de una manera extraña en los oídos al salir del Juvenil Club para dirigirme á mi casa. El sol lo iluminaba todo. Mi único recurso era dirigirme al señor Grace, porque aun cuando hubiese vendido mis muebles y libros, no hubiese conseguido reunir aquella suma, ¿y cómo era posible que el apoderado de mi padre asumiese la responsabilidad de pagar semejante cantidad, sin recibir antes autorización de aquél, que á la sazón se hallaba en los antípodas? De mi traje se desprendía un acre olor á tabaco, y á consecuencia de tener en la mano las cartas durante tantas horas, mis dedos se crispaban. Tenía, además, los pies fríos como el hielo, y la sangre agolpada á la cabeza. Al entrar en mi cuarto me eché en la cama pidiendo á Morfeo descanso y olvido; una idea terrible me impidió, durante largas interminables horas, conciliar el sueño; si no podía obtener la cantidad

⁽¹⁾ Aproximadamente 75,000 pesetas.

que necesitaba para salir de mi compromiso, y esto en el término perentorio de cuarenta y ocho horas, no me quedaba más que un recurso, la muerte. Dominábame una excitación nerviosa tan extraordinaria, que me impedia en algunos momentos estarme quieto. Deseando calmarme, y al ver que el tiempo iba pasando y se aproximaba la hora en que podía ver al señor Grace, me decidí á tomar un baño frío que calmó mis nervios en tensión. Vestíme decidido á no detenerme más, y á hacer la confesión de mis culpas é imprevisión. Hecho todo esto, con un aspecto tan humilde como contrariado, me dirigí hacia el bufete de Belford Row. Gran esfuerzo necesité para hacer aquella confesión que el señor Grace escuchó sin interrumpirme, limitándose á lanzar de vez en cuando alguna exclamación. La cifra de mis pérdidas, que le dije al final, hízole dar un salto.

-¡Tres mil libras esterlinas, señor Felipe!-exclamó.- Y vo que me había figurado que el máximum no excedía de doscientas libras! ¿Cómo se explica que hayáis perdido esa cantidad?

La expresión del rostro del señor Grace cuando siguió hablándome, no tenía nada de tranqui-

lizadora.

-Me permitiré únicamente preguntaros si os han ganado ese dinero honradamente, y cuando digo honradamente, empleo el lenguaje de los jugadores que no fienen en cuenta, ni el talento, ni la edad ó la experiencia.

-Confieso que no debo echar á nadie más que á mí mismo, la culpa de lo que me sucede.

- Y á quién debéis esa cantidad? Cuando digo «debéis,» me coloco en el punto de vista social, porque no dudo que sabréis que las deudas del juego son legalmente exigibles.

-Es una deuda de honra, y si no puedo pagarla, me mato.

-¡Misericordia divina! ¡Cuántas veces en este mismo sitio oi esta frase! ¿Quién fué vuestro adversario en el juego?

-Casi preferiría no decíroslo.

-Es preciso que me lo digáis, porque no sabiéndolo, estoy como con las manos atadas.

-Se apellida Chesham.

-Chesham, así solo, no quiere decir nada; ¿qué clase de hombre es?

-Es un tipo alto y delgado, que cojea un poco. -¡Ah!¡Ya adivino quién es!¡No puede ser sino él! ¿Figura en el número de vuestros amigos?

-¡No, pardiez! La noche pasada le vi por primera vez, y le detesto, le aborrezco; su aspecto

me recuerda á Mefistófeles.

-Así es, en efecto. Debe haber en ese hombre algo de diabólico-dijo el señor Grace.-Vuestro padre se va á disgustar, pero estoy seguro que se disgustaría aún mucho más si no se pagase á semejante hombre; ¿cuándo necesitáis esa cantidad tan importante?

-Hoy mismo, á ser posible, pues no descansaré a gusto hasta que haya pagado esa deuda.

-Hoy no puede ser, porque es muy tarde; venid nañana por la tarde á primera hora y os la entregaré. Desde luego supongo que preferiréis billetes. En cuanto hayáis pagado vuestra deuda al capitán Chesham, os suplico que vayáis á ver á lord Rothwell, al que le contaréis lo sucedido; ya sabéis que es uno de mis clientes, y precisamente la última vez que estuvo á verme me habló largo y detenido rato de vos. Esa es la única condición que os impongo.

Habría preferido que la cosa quedase en secreto; pero el señor Grace no era de esa opinión, y no tenía más recurso que seguir sus consejos.

Pasé la tarde y noche de aquel día y la mañana del siguiente, haciendo actos de contrición y de firme propósito de nunca más pecar y de no volver á cometer las mismas faltas. Conforme con lo que habíamos convenido, el señor Grace me entregó en un sobre cerrado el precio de mis locuras, y lo guardé bajo llave, proponiendo ir aquella misma noche á liquidar mi deuda. Comí, sin apetito en el círculo, pues si bien habíame prometido no jugar más, no por eso dejaba de frecuentar aquel lugar. La sorpresa que experimenté al ver allí á Cresham, fué grande, y me pesó haber dejado el dinero en mi casa. Fijóse en mí con ansiosa mirada, inquietándole sin duda la idea de que fuese tan joven el que le debía una cantidad tan importante.

-¿Pensáis venir esta noche, capitán?-le pre-

gunté.

-Sí, si lo deseáis, por más que tenía otros proyectos.

-Tengo en casa la cantidad que os debo-respondí.

El capitán se inclinó, saludándome.

-Y me propongo ir á buscarla en cuanto haya comido, á menos que no tengáis que ir hacia aquella parte.

- Según tengo entendido, vivís en Albermale-

Street.

Hice un signo de asentimiento, y Chesman añadió:

-Pues bien, si, he de seguir ese camino, de modo que os acompañaré y os evitaré el que tengáis que volver aquí esta noche.

-Estoy á vuestras órdenes.

La comida del capitán duró, naturalmente, mucho más que la mía, y me fuí al salón de fumar para esperarle. A eso de las ocho se presentó alli, cojeando, y juntos, nos marchamos

-Id á avisar un coche-dijo Chesham á uno

de los porteros del círculo.

Durante el trayecto, mostróse mi compañero muy amable, preguntándome si deseaba tomar mi revancha, y quedé convencido de que se puso muy contento cuando se enteró de que una vez pagada mi deuda, no pensaba llevar más adelante el asunto. Subió con mucha lentitud la escalera, y en mi cuarto hallé á Valentín, que me esperaba fumando uno de mis mejores cigarros. Al verle allí, quedóse estupefacto Chesham.

-¿Deseáis que os deje solos?-preguntó Valen-

tin.

-No, amigo mío, el capitán y yo necesitamos muy poco tiempo para despachar lo que traemos

entre manos.

Valentín nos volvió la espalda, y se puso á examinar con mucha atención los cuadros colgados en las paredes, mientras que Chesham, sentado en un sillón, fruncía de una manera enérgica el entrecejo. Continuó Estmere manteniéndose á cierta distancia con el firme propósito, sin duda, de no dar cara á la vista. Los ojos azules acerados del capitán centelleaban con un fulgor extraño, al mismo tiempo que una sonrisa de infernal expresión contraía sus labios.

-¿Qué es eso, señor Estmere, no me necono-

céis?-dijo con acento incisivo.

Nolvióse Valentín, respondiéndole: ►Si, os conozco perfectamente.

Entonces, ¿á qué viene vuestro mutismo?

-¿Acaso tenemos la costumbre de hablarnos?

►No, en verdad; mas como existen lazos de parentesco entre vuestra madre y yo, creo que no tengo el derecho de asombrarme en vista de vuestro comportamiento.

-Os ruego que no mezcléis para nada en vuestra conversación el nombre de lady Estmere. En cuanto al parentesco, no lo niego; pero prefiero olvidarlo.

Asmodeo se levantó, y dando unos cuantos pasos, se acercó á Valentín, pronunciando al mismo tiempo con mucha calma las palabras siguientes:

Tat vez, señor Estmere, existan entre vos y yo lazos de parentesco mucho más íntimos de los que muchos suponen, y que algunos no podrían negar.

Miróle Valentín con aire de profundo desprecio, y le contestó:

-No comprendo, capitán, lo que me queréis decir.

—Si algún día, yendo por el mundo, encontráis á sir Laurencio Estmere, y le llamáis «padre mío», es muy probable que os responda que no tiene ningún derecho á semejante título, que el capitán Chesham es el único que puede reivindicar.

—Habéis mentido—respondió Valentín, sin levantar lo más mínimo la voz; pero asestando un golpe tan violento á Chesham, que éste se tambaleó y cayó, haciéndose una herida en la cabeza al chocar contra la esquina de una mesa llena de porcelanas antiguas, de las que se rompieron algunas por valor de veinte ó veinticinco libras.—Levantad á ese hombre—me dijo Valentín.

Esto fué lo que hice, y después de ayudarle a sentarse, le entregué su bastón. El estado de Chesham no tenía nada de grave, y á los pocos minutos recobró el sentido. Su primer movimiento fué el de llevarse la mano al pecho para asegurarse de que el sobre con los billetes de banco se hallaba aún allí. Hecho esto, cogió el sombrezo y se preparó para marcharse.

-Siento mucho, capitán, que este percance os haya ocurrido en mi casa-le dije.

No me respondió ni una palabra, y al llegar á

la puerta, volvióse, y encarándose con Valentín,

le dijo:

—Hace diez años os hubiera matado como á
un perro; pero hoy tengo otros medios de vengarme, y á ellos apelaré; muy pronto lo veréis.

—¡Canalla! ¡Miserable!—dijo Valentín, mientras que el capitán bajaba la escalera.—¡Ah! ¡Canalla! ¡Infame! Si adivinasteis la alusión que hizo, debéis comprender, querido Felipe, conociendo á mi madre como la conocéis, cuán odiosa é infame es esa calumnia. ¡Mi madre insultada de ese modo, cuando es la más virtuosa, santa y también la más orgullosa de las mujeres para faltar á su deber!

Como era natural, debía participar de su opinión por más que no estuviese enterado de ningún antecedente de la familia. Las palabras injuriosas de Chesham me hicieron comprender que lady Estmere no era viuda.

TX

Muy pronto recobró Valentín su buen humor, pues su fe inquebrantable en la vida de su madre era más grande que nada, ó tal vez porque, como pasaba á otros muchos, había aprendido á ocultar sus sentimientos bajo la máscara de la indiferencia. Ayudóme á recoger las porcelanas rotas, y luego nos pusimos á charlar.

-¿Se puede saber, Valentín, por qué razón habéis regresado á Londres?

-¡Por culpa vuestra, pardiez! ¿Qué es lo que os preocupa, amigo mío? En vuestro estado observo algo anormal que me llama la atención.

Me decidí para contestarle, á contarle mis tribulaciones en el whist.